

Los que quieran, pues, ser ciudadanos honrados y conducirse en sus destinos conforme á la fé, podrán hallar facilmente en nuestras Encíclicas reglas de honoradéz.

Tambien se esforzarán los sacerdotes en instruir al pueblo acerca de los decretos del Concilio de Baltimore; especialmente los que se refieren á la virtud de la templanza, la católica instruccion de la juventud, el frecuente uso de los Sacramentos y la obediencia á las leyes justas y á las instituciones de la república.

En lo relativo á la formación de las sociedades, hay que velar cuidadosamente para que nadie sea inducido al error, queremos hablar especialmente de los obreros, á quienes de seguro compete el derecho, favorecido por la Iglesia y conforme á la naturaleza, de formar asociaciones en pro de sus intereses; pero importa mucho que la eleccion de aquellos á quienes se asocian sea muy escrupulosa, para que allí donde busquen ciertas ventajas, no arriesguen mucho mayores bienes.

La mejor garantía contra ese peligro, es adoptar la resolucion de no permitir que en ningun tiempo ni circunstancia se abandone la justicia. Si alguna sociedad tiene jefes que no marchen por la senda del derecho, que no sean amigos de la Religion, y quieran ser obedecidos servilmente, pueden causar mucho mal en el orden público y privado, sin mezclar alguna de bien. La conclusion es que debe ser evitada, que debe huirse de tal sociedad y de las que sean condenadas por el juicio de la Iglesia, y lo mismo de las que sean condenadas como sospechosas y peligrosas, á juicio de varones prudentes y especialmente de los Obispos.

Además, y este es punto muy importante para la conservacion de la fé, los católicos deben asociarse preferentemente con los católicos, á ménos que les sea preciso obrar de otra manera. A la cabeza de su asociacion, así formada, pónganse sacerdotes ó seglares de autoridad y buenas costumbres, y bajo la direccion y consejo de ellos, esfuércense en realzar

pacíficamente lo que parece útil á sus intereses, al tenor principalmente de las reglas que consignamos en Nuestra Encíclica *Rerum novarum*.

Jamás olviden que es justo y debe desearse que los derechos del pueblo se reivindiquen y defiendan, sin que por eso se descuiden sus deberes. Uno de los mayores es el de respetar los derechos de otro, dejar á cada uno libre en sus propios asuntos, de suerte que nadie le impida aplicar su trabajo á lo que guste y cuando le plazca.

Los actos de violencia y atropello que en vuestra patria habéis visto el año último, enseñan que aun tratándose de asuntos americanos, la audacia y barbarie de los atentados revolucionarios, os amenazan de muy cerca. Las condiciones de la época exigen, pues, de los católicos, que trabajen por la pública tranquilidad y que para ello observen las leyes, miren con horror toda violencia y nada pidan que rebase los límites de la equidad y la justicia.

Mucho pueden contribuir á ese resultado los escritores, sobre todo los periodistas. No ignoramos que muchos diestros atletas combaten en esta arena y que su celo más ha de alabarse que necesita ser excitado. Con todo, la avidez de leer y de saber es tanta entre vosotros y se halla tan extendida, que puede ser germen de los mayores bienes, como de los mayores males, y por todos los medios hay que aumentar el número de los que escriben con inteligencia y buena intención, teniendo la religion por guía y la honradez por compañera.

Y más visible es en América esta necesidad, porque los católicos están en relacion habitual con los que no son católicos, lo que les obliga á extrema prudencia y una especialísima energía. Preciso es instruirlos, aconsejarlos, sostenerlos, excitarlos á la práctica de las virtudes, y en medio de tantas ocasiones peligrosas, al fiel cumplimiento de sus deberes para con la Iglesia.

Esto constituye, sin duda, una propia

y grande atribucion del Clero; pero, con todo, el lugar y el tiempo exigen, por parte de los periodistas, que cuanto puedan se esfuercen y trabajen por la misma causa, que consideren mucho que la obra de la prensa, si no perjudicial, será poco útil á la Religion, si no existe la concordia para el fin á que aspiran. Es preciso que los que traten de servir á la iglesia y sinceramente defenderla, combatan con perfecto acuerdo y en legión compacta, de suerte que, los que disipasen las fuerzas con la discordia, aparecieran enemigos más que defensores.

Por tal razón, en vez de una obra fructuosa y útil, los escritores trabajan para el mal siempre que se atreven á someter á su juicio propio las resoluciones y actos de los Obispos, y olvidándose del respeto que se les debe, llegan á desprestigiarlos y á censurarlos. No comprenden cuánto así se perturba el orden y cuantos males proseden de tal conducta. Recuerden, pues, sus obligaciones y no pasen jamás los justos límites de la modestia.

Debe obedecerse á los Obispos que están colocados en tan alto grado de autoridad y tributarles la honra debida á la grandeza y santidad de su cargo. Ese respeto, "al que á nadie es lícito faltar, debe principalmente manifestarse y resplandecer en los periodistas católicos para servir á todos de ejemplo. Porque los periódicos destinados á circular por donde quiera cada día, caen en manos del primero que llega y tienen gran influencia sobre las opiniones y costumbres de la multitud." (*Ep. Cognita nobis ad Archiep. et Ep. Provinciarum Taurinen. Mediolanen. Vercellen.*) (25 Enero de 1882).

Nós mismos hemos dado, en varias ocasiones, muchas enseñanzas respecto al deber del escritor y muchas tambien se han reproducido por el tercer Concilio de Baltimore y por los Arzobispos reunidos en Chicago en 1893. Que los católicos tengan en su memoria tales documentos, y los que de Nós proceden, y por vosotros son dados, y convénzanse de que ellos serán la norma de la con-

ducta de la prensa, si ha de cumplir con su obligacion, como debe hacerlo.

Nuestro pensamiento se dirige ahora hácia aquellos que difieren de Nós sobre la Fé cristiana y de los cuales muchos ¿quién podría negarlo? tienen esta condicion por herencia más bien que por voluntad. Nós hemos cuidado de su salvacion con tanto ardor, que Nós quisieramos que ellos se entregaran por fin en los brazos de la Iglesia, la madre comun de todos los hombres, como en Nuestra Letra Apostólica *Praeclara* lo hemos declarado recientemente. Pero Nós no hemos perdido aún la esperanza; porque contamos con la presencia y el favor de Aquél á quien todo obedece y que dió su vida con el fin de reunir los hijos de Dios, que estaban dispersos. [*Jo. XI, 52*].

Cierto que Nós no debemos abandonarles á sus propios sentimientos, sino atraerlos á Nós por la dulzura y mediante la más grande caridad, persuadiéndoles por todos los medios posibles á penetrarse bien en todos los ramos de la doctrina católica y á despojarse de sus opiniones preconcebidas.

En este caso, si el primer papel pertenece á los Obispos y á todo el Clero, el segundo les está encomendado á los seglares, puesto que éstos deben ayudar, al apostolado del Clero por la honestidad de sus costumbres y la integridad de su vida. La fuerza del ejemplo es grande, principalmente sobre los que buscan sinceramente la verdad y practican la honradez siguiendo una cierta inclinacion natural de virtud, como entre vosotros se encuentran muchos. Si el espectáculo de las virtudes cristianas tuvo tanta influencia entre los paganos cegados por las inveteradas supersticiones, como lo atestigua la historia, ¿llegaremos á creer que no se podrá hacer salir del error á los espíritus iniciados en los misterios cristianos?

En fin, Nós no podemos pasar en silencio aquellos cuyo infortunio perpétuo llama y solicita la asistencia de los hombres apostólicos: Nos referimos á los indios y negros, comprendidos en los con-

tianismo en que la fé y la razon se abrazaban, como dos hermanas, la ciencia y la industria se admiraban de verse allí admitidas y de inspirar tan pocos recelos, en el que la libertad encontraba sus títulos da nobleza procedentes del Calvario. . . Aquel cristianismo en el que la victoria pertenecía al porvenir, al bien, á Dios."

La concurrencia numerosísima que asistió á las conferencias de Lacordaire, era abigarrada. Las personalidades más eminentes de Francia, los católicos sinceros, los sectarios y agitadores, todos confundidos, escuchaban la soberana palabra del orador, y su elocuencia hacía enmudecer la protesta de los últimos, y muchas veces arrancaba espontáneos aplausos de todos, que se olvidaban de lo sagrado del lugar para demostrar ostensiblemente su entusiasmo.

Tales fueron los triunfos de su prodigiosa oratoria; y en los momentos culminantes de ella, hablaba realmente como un inspirado. "El corazón del hombre, sobre todo el mío—escribió el Padre Lacordaire—es como esos volcanes que no arrojan la lava más que á interválos y despues de un gran sacudimiento."

Lacordaire, en presencia de su auditorio que aguardaba, pendiente de su mirada y de sus labios, como la tierra seca el rocío, se extasiaba oyéndole expresar las verdades que vertía revestidas con la espléndida túnica de su elocuencia, y subyugado por aquella espectacion sublime, pronunciaba casi inconscientemente sus grandilocuentes oraciones á la manera que Herodoto dice que hablaba la estatua de Mannon cuando apuntaba el sol en el Oriente y sus primeros rayos herían la masa del bronce del coloso.

### Preciosa antigüedad.

En las cosas que prestó el Vaticano para la Exposición de Chicago y que han sido devueltas por el Gobierno de los Estados Unidos, está la Biblia más grande que existe en el mundo. Pesa 520 libras y está en hebreo. Tres hombres apenas

pueden cargarla. En 1512 los judios de Venecia ofrecieron dar por esa Biblia lo que pesa en oro; pero el Papa Julio II se negó á venderla. Vale pues ese ejemplar de la Biblia, cerca de \$400,000.

### Heroicidad de un sacerdote.

De LA CROIX.  
Escriben de Roma:

El viernes último bajaba un coche público por la vía Garibaldi. Al llegar á la parte baja de San Pedro in Montorio, el caballo se desboca y emprende una vertiginosa carrera. Pocos pasos faltaba dar al furioso animal para hacer añicos á un niño de pocos años que jugaba en medio de la calle, cuando he aquí que el reverendo Ernesto Lorenzetti, Capellán del cementerio de Santa María in Transtever, que á la sazón pasaba, viendo el inminente peligro que corría la vida de aquella inocente criatura, sin parar mientes en el riesgo á que se exponía y sobreponiéndose á sus setenta años, se arroja decidido á salvar al desgraciado niño.

Consigió salvarle, pero á costa de su propia vida. Casi al mismo tiempo se vino sobre él el caballo con tal fuerza, que de un lanzazo le hundió todas las costillas. Dos horas más tarde entregó su alma á Dios en el hospital, á donde había sido trasportado.

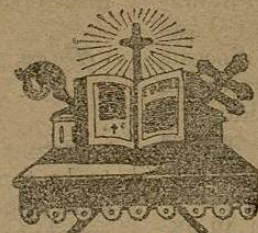
EL MESSAGGERO, periódico el más anticlerical de Roma, dice de este venerable sacerdote, que era ejemplarísimo y que repartía entre los pobres todos sus haberes.

Basta una sola lágrima para subir al Cielo, y basta una sola mirada para bajar al abismo.

Una alma casta llega á ser para la virtud lo que es el ángel por naturaleza. En lá castidad del ángel, hay más felicidad, pero en la del hombre mucho más valor.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Pargo.—D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, ABRIL 22 DE 1895.

NUM 8.

## SECCION I.

Sagrada Congregacion

DE LA INQUISICION.

DECRETUM

Feria IV die 5 decembris 1894.

Cum recenter ad hanc supremam Congregationem S. R. et U. Inquisitionis á compluribus episcopis pervenerit petitiones, quarum omnium una mens erat, abstinentiæ legem, de qua valde solliciti sunt, magnis in populorum concursibus ægre admodum ac difficulter variis de causis posse servari, et damno potius animarum quam saluti præbere occasionem, Eminentissimi ac Reverendissimi Domini S. E. R. Cardinales contra hæreticam pravitatem in universa christiana republica Generales Inquisitores, in plenario comitio dictæ feræ IV, die 5 decembris, 1894, re integre proposita ac mature perpensa, decreverunt ut infra, scilicet:

Supplicandum Sanctissimo ut episcopis aliisque locorum Ordinariis concedere dignetur facultatem anticipandi die sibi benevisa atque ob gravissimas causas etiam dispensandi super lege jejunii et abstinentiæ, quando festum sub utro-

que præcepto servandum Patroni principalis aut Titularis, vel solemne aliquod festum item magno populorum concursu celebrandum, incidit in ferias sextas aut sabbata per annum, excepto tempore quadragesimæ, diebus quator temporum et vigiliis per annum jejuniu consecratis; atque ut eadem anticipandi seu etiam gravissimis de causis dispensandi potestate uti possint pro diebus, quibus nundinæ extraordinariæ, magno item populorum concursu, habeantur.

Habita autem per R. P. D. Adsoorem S. O. relatione Sanctissimo Domino Nostro Leoni Papæ XIII, idem Sanctissimus Dominus præsens decretum ratum habuit et confirmavit ac omnibus et singulis locorum Ordinariis facultatem, de qua agitur, perpetuis futuris temporibus concessit ac attribuit, facta tamen in singulis casibus mentione apostolicæ dispensationis.—Jos. Mancini S. Rom. et Univ. Inquis. Notarius.

Cingulo del Santo Patriarca

SR. SN. JOSE.

—:oCo:—

Otro de los objetos que suelen llevar los devotos de San José, como prenda de su amor, es el cingulo ó cinturón hecho á semejanza del que ceñía al Santo, y había tejido la Virgen Santísima. Bea-

finde de América que no han sacudido aún, en su mayor parte, las tinieblas de la idolatría.

¡Cuanto campo por cultivar! ¡Qué multitud de hombres á quienes enriquecer con los bienes aportados por Jesucristo!

Entre tanto, y como prenda de los dones celestiales, y como testimonio de Nuestra benevolencia, Nós os concedemos afectuosamente en el Señor la bendición apostólica, á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro Clero y á vuestro pueblo.

Dada en Roma, cerca de San Pedro, el 6 de Enero. Epifanía del Señor, el año de 1895, 17 de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

### SECCION III.—VARIEDADES.

## LACORDAIRE.

Pasado el diluvio de sangre con que había anegado al pueblo francés la más terrible de las revoluciones, amanecía para ese pueblo, con el presente siglo, la aurora de la restauración cristiana. Entre el fango que, despues de la catástrofe, cubría aún la tierra, germinaron las semillas de la fé, aventadas por el huracán devastador de la impiedad: como vegetación solitaria, nacida en el légamo, surgieron aquí y allá, reanudando la tradición de los grandes mantenedores de la idea católica, hombres tan esclarecidos como Chateaubriand, De Maistre, Bonald y Lacordaire.

Enrique Lacordaire, hijo de un médico rural de Borgoña, recibió en los primeros años la educación religiosa de sus cristianos padres; pero la fé católica que ellos le habían inculcado, perdióla, segun propia confesión, "entre extraños im-

puestos á ellos y á él." La incredulidad, hija de la filosofía del siglo XVIII, reinaba en la Universidad de Francia y pervertía á las nuevas generaciones. Algunos años de residencia en Dijon, donde estudió Derecho el gran Lacordaire, habían sido bastantes para sofocar en su alma sencilla la fé que había en ella depositado una madre piadosa. Un republicanismo ardiente, un vago sistema de deísmo, sustituyeron en él á las convicciones que había alimentado hasta entonces.

Antes de haber amado á Dios, sólo había amado la efímera gloria del mundo; y ciertamente que ésta no se había mostrado esquiva á Lacordaire, que con su excepcional talento conquistaba lauros en el foro, dando ya muestras irrecusables de su portentosa y viril elocuencia.

La conversión de Lacordaire fué la resultante de la gracia y la inteligencia combinadas.

"Había yo envejecido nueve años en la incredulidad—escribía en 1834—cuando sentí la voz de Dios, que me llamaba á sí," y aquella inteligencia altiva y poderosa cayó al pié de la Cruz repitiendo las palabras de Bacon: "Poca filosofía, aparta de la Religión; mucha, conduce á ella.

Lacordaire, además de convertido, sintióse con vocación al sacerdocio, y á los 22 años entró en el Seminario de San Sulpicio, donde se hizo notar por la originalidad alarmante de sus ideas.

Amante de su siglo, compadecido de él, dedicóse desde entonces á reconciliar la sociedad moderna con el Evangelio, haciéndola ver que los principios fundamentales de su nueva existencia, léjos de encontrar en el Cristianismo un adversario implacable, se había desarrollado en el mundo á la luz de las ideas cristianas. Y Lacordaire fué desde entonces, como él mismo dice, católico penitente y liberal impenitente. Respetó la razón y no disminuyó un ápice de los derechos de la fé. No temió ser en medio de un mundo racionalista el partidario de lo sobre-

natural; pero tampoco afligió ni sublevó á la razón humana con esos insultos que algunos escritores apasionados pretenden dirigirla en nombre de la fé ortodoxa.

En esa noble y generosa lucha por redimir á la sociedad moderna y renovar en el espíritu cristiano sus aspiraciones legítimas, esgrimió Lacordaire dos armas poderosas y adecuadas á tan singular combate: la pluma y la palabra.

La prensa y la oratoria, esos dos grandes vehículos de las ideas en las modernas sociedades, ofrecieron al gran Lacordaire vasto campo donde sembrar la fecunda semilla de su genio.

Lacordaire fué uno de los redactores más activos y brillantes de *L'Avenir*; publicó los artículos más peligrosos de la libertad de imprenta, de la libertad de enseñanza, la supresión del presupuesto del clero, lloró sobre las ruinas de la heroica Polonia y denunció á Francia entera las escandalosas exequias del convencional Gregoire, llegando á ser sus artículos un verdadero acontecimiento en el mundo literario y político.

Escribió, pues, en *L'Avenir* con Lamennais y Montalembert, su más fiel y constante amigo; pero sumiso á las enseñanzas del Papa sacrificó todo el respeto y todo el cariño que sentía por el autor de *las Palabras de un creyente*, y volvió de Roma, despues de escuchar las amonestaciones del Soberano Pontífice, "vencido pero vencedor de sí mismo."

En la soledad del campo, de que era muy amante, meditó entonces la monumental obra de sus *Conferencias en Notre Dame* que encierran el vasto plan de una completa apología de la Iglesia.

En ellas se dió á comprender en todo su esplendor el génio de Lacordaire.

Sus conferencias de 1835 y 1836, dieron prueba plena de su elocuencia portentosa, y de esa fecha data su celebridad universal.

Y continuó el desfile en la Cátedra de *Notre Dame* de oradores tan eminentes como el Padre Félix, Monsabré, Didon, etc.

La intolerancia de algunos individuos del partido católico, hizo al Padre Lacordaire víctima de sus persecuciones, quien, contrariado y afligido por ellas, marchó á Roma en busca de consuelo en un espíritu más amplio y generoso. Allí sintió vocación invencible para ingresar en una de las Ordenes religiosas, y tomó el hábito de los hijos de Santo Domingo de Guzman, cuyas reglas estaban más en consonancia que ninguna con su carácter y aspiraciones.

Propúsose despues restaurar la Orden de predicadores en Francia, y para lograr su intento, se apoyó en *Roma y en la opinión pública*, y volvió á su patria, paseando por las calles del Paris volteriano el hábito blanco y negro de la Orden dominica, predicando de nuevo, vestido con él, en *Notre Dame*, ingresando con él en la Academia constituyente por los votos espontáneos del pueblo, devolviéndolo así al hábito religioso los derechos de ciudadanía que perdiera desde 1790,

Entonces publicó su *Vida de Santo Domingo* que iguala en mérito á la de Santa Isabel de Montalembert, y que mereció superlativos elogios del Vizconde de Chateaubriand.

Pero la obra por excelencia de Lacordaire, son sus admirables sermones. La elocuencia sagrada llegó en ellos á su meta. Profundidad de conceptos, envueltos en gigantescas imágenes, majestuosas actitudes, entonación flexible y robusta, limpia y profunda mirada, todo contribuyó á los éxitos del gran orador sagrado del presente siglo.

"Todo el mundo quería oír, á todo trance—dice el Padre Chocarne—aquella palabra que repetía las antiguas verdades con un acento nuevo que, sin abandonar la causa eterna, prodigaba consuelos y esperanzas á las sociedades temporales. Todo el mundo aclamaba aquel cristianismo tan elevado, tan amplio, tan simpático, en donde el hombre y Dios, la Iglesia y la sociedad, se encontraban aun para amarse despues de medio siglo de divorcio, como dos amigos antiguos... Aquel cris-